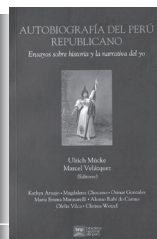


Ulrich Mücke y Marcel Velázquez (Eds.)
Autobiografía del Perú republicano.
Ensayos sobre historia y la narrativa del yo

Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 2015
Erik Fernández Pozo



Ulrich Mücke y Marcel Velázquez Castro son los editores de *Autobiografía del Perú republicano. Ensayos sobre historia y la narrativa del yo*, libro de ensayos que tiene como tema los autodocumentos. Ellos unen el plano formal y social. Ulrich Mücke deja de lado las distinciones retóricas, ya que se enfoca en las construcciones de sentido: en este caso, este conjunto de ensayos enfatizan el plano social y la construcción de las figuras del yo a través del tiempo. Como se verá a lo largo de esta obra, la voz del autodocumento existe desde el periodo colonial y se sigue manifestando hasta hoy, a pesar de sus limitaciones. Es importante señalar que este no es un libro orgánico. Sin embargo, puede ser el primer aporte para hablar sobre las autobiografías y las memorias, que no han sido tratadas de manera suficiente. El libro tiene diez ensayos. El primero es una introducción a la autoescritura en el Perú, y se pasa por autobiografías, memorias y testimonios que, sin lugar a dudas, nos muestran no solo a individuos que hablan de sí mismos, sino también es clara su relación con una época y una sociedad, con sus contradicciones y esperanzas.

En el primer apartado, «Autoescritura e historia en el Perú Republicano», que funciona a manera de introducción, los editores hacen un mapeo de la lectura, la escritura y la formación del «yo»; y se pasa por una anotación de Foucault sobre cómo el entrenamiento espiritual tenía una relación estrecha con la lectura y la escritura; se enfatiza el rol importante que ha tenido la escritura para posibilitar el ingreso del discurso en la mente de quien escribe. La libertad del autor tiene límites bien marcados por la propia naturaleza de los formatos discursivos que elige para narrar su propia historia.

Señalan los editores que aunque la idea de que el individuo surge en la modernidad es casi omnipresente y está ligada a Europa, la historia de los autodocumentos peruanos no es exclusivamente colonial. Tiene su comienzo en el choque de culturas que se da en el siglo XVI y refleja el conflicto entre grupos culturales, étnicos y sociales.

Se enfatizan tres tipos de autodocumentos en el siglo XX: en primer lugar, las memorias y autobiografías de hombres de letras como Luis E. Valcárcel, Jorge Basadre y Luis Alberto Sánchez, que a su vez estuvieron ligados al ámbito político. El segundo lugar lo ocupan las memorias de los grandes novelistas peruanos. Los textos, sin embargo, están marcados por la retórica literaria: no dejan los autores de reconocer sus intenciones literarias en estos textos. El último grupo está conformado por los «testimonios». Aun cuando no son producidos por los mismos autores —muchas veces analfabetos—, son recogidos por profesionales en grabaciones y pasan a la escritura en colaboración con el entrevistado. Algo que se verá cuando ya se trabaje el testimonio —en el último ensayo— es que estos no llegan a seguir la intención política de los entrevistadores: cuando dan su testimonio, los entrevistados no hablan desde una conciencia de clase, sino que reivindican sus intereses individuales y familiares.

Ya en el segundo ensayo, «El cautiverio de la memoria: voces y subtextos en un autodocumento (1825) de Juan Bautista Túpac Amaru», de Marcel Velázquez Castro, podemos abrir con la pregunta: ¿quién es Juan Bautista Túpac Amaru? El autor estudia el libro de memorias *El dilatado cautiverio bajo el gobierno español de Juan Bautista Tupamaru, 5.º nieto del último emperador del Perú*, en el que observa sus contradicciones. Señala que, al momento de iniciar la escritura, Juan Bautista es «una sombra, una huella viviente de la gran rebelión indígena de 1780» (p. 47). Las contradicciones que el autor encuentra son numerosas: las alusiones al pasado toman como referente no a la historia quechua, sí a Sócrates, Esparta y Alejandro. Sin embargo, Juan Bautista se presenta como un sujeto que recuerda e interpreta, un crítico que puede revelar la doble moral de los españoles. Estas contradicciones presentan la interrogante medular del ensayo: ¿quién habla realmente en el texto de Juan Bautista Túpac Amaru? Mientras se intenta contestar esta interrogante, se describe cómo Juan Bautista realiza dos operaciones: establece una continuidad directa entre la conquista y la sublevación de 1780 y vincula la rebelión de Túpac Amaru con las guerras de la independencia. La victoria de los españoles sobre los indios no es explicada como un mandato divino, sino que es el resultado de la barbarie de los españoles: estos son sanguinarios, crueles, ignorantes y ladrones.

La mención de Durán Martel es importante porque esto es señalado como una prueba textual a la hipótesis de la doble autoría: se coloca al cura agustino como un símbolo de humanidad y como un precursor de la independencia (p. 61). Al celebrarse a Duran Martel, el benefactor de Juan Bautista, se hace una oposición entre la conducta española, que es de rapacidad, y la generosidad de un criollo exiliado: este encarna la esperanza

de un nuevo mundo que se construía con los ideales de la Ilustración y las guerras de Emancipación. Finalmente, se señala la importancia y la contradicción entre cómo Juan Bautista, en el proceso de narrar su historia, parece borrarla. Como sostiene el autor del ensayo, «Quizás, más que estar ante un libro de memorias, estamos ante un «borramiento» de una memoria subversiva, una traducción de la sublevación indígena a códigos ilustrados y cristianos que reservan nuevamente el perpetuo sufrimiento al indígena y la calidad de redentores a los buenos criollos» (p. 63).

En el tercer ensayo, «Ser patriota en el Perú decimonónico: las memorias de José Rufino Echenique», Ulrich Mücke nos describe la importancia de las memorias de Echenique, *Memorias para la historia del Perú*, a la vez que menciona lo que pensaban de estas algunos personajes públicos como Basadre, quien sostenía que el valor histórico de las memorias de Echenique se debía a la información precisa sobre un gran número de cuestiones. Basadre escribe el prólogo de las memorias y las destaca como una especie de manual de historia escrito por un testigo ocular y actor importante de la época. Además señala la honradez de Echenique como mérito suficiente para confiar en las mismas. Ulrich Mücke señala, sin embargo, que el valor de las memorias no reside en este aspecto —ya que representarían una visión particular del pasado—, sino en mostrarnos el imaginario de Echenique sobre el Perú, la política y él mismo.

Mücke nos señala la visión de Echenique sobre el patriotismo y cómo se acerca a un ideal que sobrepone a los demás: el bien común está por encima de todo y de todos, más allá de la decisión de cualquier agente particular, sea uno o un grupo pequeño. Los intereses particulares son negativos frente al interés general de la patria, y este discurso está cerca a algunos conceptos católicos del bien común.

Es importante señalar la manera en la que Echenique entrelaza la historia del Perú con la suya. Sus «memorias» dejan en claro que su historia, desde sus orígenes, está totalmente vinculada con la historia del Perú. De hecho, al narrar cómo su padre estaba dedicado totalmente a la independencia, señala ya su filiación con la independencia peruana. Como apunta el autor, «no escoge la política o la carrera militar; al contrario, la historia lo marca de tal modo que es impensable que o sea patriota» (p. 80). Esto contrasta, al final, con el tono de fracaso en sus memorias, a pesar del éxito que tuvo en la vida política. Señala el autor que esto obedece a una tradición de confesión y autoescritura cristiana, además de presentarse como una persona que ha sufrido agravios y que, no obstante, los ha sufrido por el Perú. El texto, entonces, no debe tomarse como uno objetivo; más bien, se debe rescatar cómo se pensaba Echenique a sí mismo y al Perú, desde la esfera política.

En el cuarto ensayo, «Vivir escribiendo: Heinrich Witt y su diario personal en el Perú decimonónico», Christa Wetzel nos habla sobre este personaje y cómo, durante casi toda su vida, llevó un diario de su vida. Al morir en 1892, dejó 13 volúmenes en conjunto, numerados, paginados y provistos de un índice. Además, cuando cumplió 60 años, inició la transformación de sus diarios anteriores en un nuevo texto. Esto nos lleva a constatar que el diario conservado de Witt no cumple con el criterio central de la definición del género ofrecida por los estudios literarios modernos: la cercanía temporal del escrito con los acontecimientos que describe. La autora mantiene, en su estudio, la denominación de *diario/diary* que Heinrich Witt ha dado a sus escritos, ya que el carácter híbrido de la narración dificulta clasificar la misma en el género autobiográfico o autodocumental. Insiste, eso sí, en que esta «hibridez» es la que hace interesante al documento.

Wetzel desea demostrar, gracias al análisis de la vida de Witt, que el diario y la vida del mismo son inseparables. Aunque Witt sufrió de un problema de vista y durante muchos años dictó su diario a secretarios que lo escribían, se establece que no existe una coautoría en el texto: de hecho, Witt registra su descontento con uno de estos secretarios, que se tomó muchas libertades en los apuntes y fue, por lo mismo, despedido de inmediato. A su vez podemos observar que su elección del idioma inglés en el diario, aunque no es explicada en el mismo, es presumida por Wetzel como una elección pragmática: aunque el español era necesario por sus negocios en Sudamérica, su relación por correspondencia con la casa matriz Gibbs se mantenía en inglés. Otra razón importante era que este idioma era el más hablado entre los extranjeros del Perú; además, Witt era empleado de una casa comercial londinense y pensaba que su destino lo establecería en Inglaterra, lo que no sucedió. Al final, cuando edita su diario, no cambia de idioma por razones prácticas —traducir gran parte de él— y por la idea que de sí mismo tenía: estaba orgulloso de su manejo de otros idiomas, ya que se representaba a sí mismo como un burgués ilustrado, «cuya identidad se basaba también en el dominio de varios idiomas, por lo que siempre aceptaba ese plurilingüismo como una exigencia a cumplir» (p. 111).

Witt llevó por un periodo de casi 20 años una vida como escritor de diario por duplicado. En el nuevo diario se aproximó cada vez más el tiempo narrado y el tiempo de la narración. Finalmente, llega a alcanzar, en el tomo noveno del nuevo diario, su actualidad. A partir de ahí el nuevo diario registra las acciones del presente y deja de lado los otros diarios. Al final, Wetzel destaca la escritura de Witt como parte importante, esencial, de su identidad. No es en vano que, cuando llega a ser un anciano, lamente

no poder escribir tanto como antes, por su memoria o por no tener ya nada que decir. Sin embargo, como apunta la autora, lo poco que tenía que decir lo decía con muchas palabras.

En el quinto apartado, «La escritura femenina y la construcción del individuo a través de las memorias de Dora Mayer (1868-1951)», María Emma Mannarelli apunta cómo la experiencia de vida de Dora Mayer es atravesada por la escritura. La opresión y el aislamiento en la cuidada y austera vivienda nuclear, organizada por su madre, contrastan con su ingreso a variados universos que le permite la pluma. Dora Mayer entretiene en sus memorias la experiencia íntima con el proceso histórico. A ello se suman reflexiones personales que redefinen sus propias versiones tempranas. La autora invierte gran cantidad de esfuerzo en la reconstrucción de su historia familiar. Se puede decir que la construcción de una opinión propia también se expresó en su preocupación por la vida íntima y por las historias familiares enredadas. No puede dejarse de lado la relación conflictiva con su madre quien, a su manera, la moldeó: a pesar de no haber sido su verdadera madre, Mannarelli apunta cuán importante es la influencia de la misma en Mayer, quien paradójicamente intenta escapar de ese dominio y a la vez entenderse a sí misma mediante el recuerdo casi obsesivo de sus interacciones con la madre.

En las *Memorias* de Dora Mayer, Mannarelli apunta cómo Dora Mayer se describe a sí misma: excéntrica en su manera de pensar y de lucir, ante una sociedad en la que una mujer debe cuidar de su indumentaria y sus opiniones no son materia de discusión; sabía ella de su excentricidad, pero esto no obstaculizó su sentido de pertenencia al Perú, como tampoco que, merced a sus opiniones personales, fuera una mujer con una gran autonomía personal, que no se alejó de la militancia política, como tampoco del amor. No deja de lado Mannarelli las menciones a su amor por Pedro Zulen, como tampoco su incursión en la prensa y su actividad en el indigenismo. Sin embargo, su análisis primordial es el de sus *Memorias* y estas se concentran en las relaciones familiares que la configuran y la hicieron lo que fue.

Kathya Araujo, en el sexto ensayo titulado «Jochamowitz y el sujeto de la modernización: ideales, constricciones y tensiones a inicios del siglo XX», analiza el texto *Mi vida profesional: apuntes autobiográficos del ingeniero Alberto Jochamowitz*, publicado en 1931. Jochamowitz era un ingeniero de minas que ejerció cargos al servicio de la administración pública por aproximadamente 24 años, y estuvo ligado al gobierno de Leguía. Cuando Sánchez Cerro toma el poder, acusa a muchos seguidores de Leguía de corrupción pública y abuso de confianza. Jochamowitz sufre estas acusaciones pero llegará a ser exculpado. Sus apuntes autobiográficos

cumplen la función de autodefensa, pero también apuntan a la aparición del sujeto de la modernización, en esos momentos de tensión política.

Araujo describe cómo este sujeto de la modernidad es constreñido: el sujeto no puede hablar desde el «yo». Debe demostrar la utilidad de este tipo de relato: Jochamowitz habla desde el colectivo de los ingenieros, que deben participar del robustecimiento de la patria: el «yo» no aparece directamente como protagonista de actos valerosos, sino que sufre una interposición: retóricamente, aparece un tercero cuyos actos ponen en relieve los del narrador. Puede apreciarse este punto cuando Jochamowitz habla de sus viajes cuando los compara con los de Raimondi: al reconocer los méritos de este, desliza los suyos, sin declararlos directamente.

Lo contradictorio que reconoce Araujo es la tensión entre el ideal que Jochamowitz defiende, la modernización de la esfera técnica, que se opone a las constricciones de la esfera pública, en la que lo técnico aún es mal visto y cualquier avance tecnológico amenaza los intereses políticos de unos cuantos. El trabajo técnico es visto como uno adecuado a las clases subordinadas. Jochamowitz se dirige a las nuevas generaciones, muchas veces halagando a estadounidenses cuyo ideal de progreso está ligado a la producción técnica y no a la intelectual. Su autobiografía es un manifiesto de progreso y también, parcialmente, de denuncia ante las condiciones sociopolíticas a las que se enfrenta. Esto puede apreciarse en lo que escribe la autora del ensayo: «Situado en el interregno indecible entre la ingenuidad bienintencionada y el cinismo acomodaticio, el sujeto de la modernización busca su lugar» (p. 183).

En el séptimo apartado, «Víctor Andrés Belaunde: el sentido de la fe en sus memorias», Osmar Gonzales destaca la aguda autoconciencia de Belaunde de su importancia en la vida cultural y política peruana. Belaunde parece entender su vida como parte de un designio. Las memorias de Belaunde, *Trayectoria y destino*, no siguen la biografía del personaje de una manera absolutamente secuencial: además, no siguen solo sucesos, también se mezclan reflexiones filosóficas. Señala, además, que el autor «adquiere personalidad gracias a su pertenencia a la comunidad católica, que es la que al final de cuentas define su «trayectoria y destino». Este es el mensaje definitivo que Belaunde desea fijar en el lector» (p. 195).

Señala Gonzales cómo las memorias de Belaunde se escribieron para un lector de su tiempo, pero, paradójicamente, alcanzan difusión en un momento completamente distinto. «*Trayectoria y destino* resultó siendo un estilo de escritura pensado para un tipo específico de lectores, pero terminó consumido por otro, de generaciones no solo posteriores sino pertenecientes a una época distinta» (p. 198). Belaunde manifiesta que

los miembros de la nueva generación no lo comprenden, pero también señala, con convicción, que los años le darán la razón. En el ensayo también se apunta cómo la idea de destino está presente en las memorias. Para Belaunde, la identidad colectiva pasaba por la fe católica. De hecho, aunque manifiesta una época en la que sostenía el agnosticismo, este es mencionado con cierta vergüenza, contrastando con su regreso a un catolicismo militante, con el cual interpretaría todo suceso importante en su vida, desde sus movimientos políticos hasta su matrimonio. Sus memorias son la expresión personificada de un destino colectivo.

En «Las antinomias de la identidad en la autoescritura de Jorge Basadre», Magdalena Chocano analiza *La vida y la historia*, de Jorge Basadre, quien declara que este no es un libro de memorias, sino un conjunto de monografías. Ahora bien, como señala la autora, es una empresa complicada tratar de combinar la historia y la memoria personal, ya que la objetividad y la memoria subjetiva entran en conflicto por su incompatibilidad. Además, Basadre intenta, de manera constante, mantener una neutralidad política en su texto, lo que Chocano apunta como contradictorio, ya que aquel participa en dos gobiernos e intenta fundar partidos políticos. Es más claro cuando hace declaraciones sobre el ideal que persigue para el país, cuando habla sobre Tacna y la nostalgia que lo invade: así, los valores tradicionales y conservadores como la familia patriarcal, el respeto a los ancianos —él deplora la pérdida de este valor en los jóvenes—, la confinación de las mujeres, ya que ellas son el pilar familiar de valores —lamenta, argumentando la pérdida de consolidación familiar, el voto femenino—, el origen supraterráneo del poder político, que está siendo reemplazado por los valores democráticos, son parte de una visión utópica y nostálgica de la Tacna ocupada, a la que destaca sobre los ideales de modernización que, según él, amenazan los fundamentos de una sociedad cerrada y provincial.

El noveno ensayo, «Anomalías y disidencias genéricas: sobre algunos rasgos centrales de *Mucha suerte con hartito palo* (1976), las memorias de Ciro Alegría», de Alonso Rabí do Carmo, nos señala que, a pesar del título de las memorias de Ciro Alegría y su génesis —el título pertenece a una conferencia dictada por el escritor en la Universidad de Oriente, en Cuba—, realmente las memorias nunca fueron dictadas por él: aunque los textos son de Ciro Alegría, nunca fueron pensados por el escritor para sus memorias, sino que fueron ordenados por su viuda, Dora Varona, al principio para motivar a Alegría a comenzar su texto autobiográfico, pero con la muerte del escritor, fueron armadas por ella para cerrar la carrera literaria del novelista. El problema viene con el criterio de selección y orden que se utiliza. La división es arbitraria y, en las dos ediciones —1976 y

1980—, las diferencias son significativas: se suprimen pasajes en la segunda edición; además, se insertan algunos que pertenecen a sus obras de ficción y se separan claramente del enfoque autobiográfico. La pregunta que hace Rabí do Carmo y que nace de cotejar ambos textos es: «¿No está Dora Varona excediendo o sobrepasando una función de recopilación y edición?» (p. 253).

Otros aspectos que son estudiados en las memorias son la cuestión del nombre en Ciro Alegría, que parece ser reconocido como un posible seudónimo literario —y que incluso tiene un origen ligado a la literatura, un personaje de Julio Verne— que lo predestina a su oficio de escritor, y también la máscara del escritor profesional. Como apunta Rabí do Carmo, Alegría defiende la profesionalización del escritor, ya que por las diversas circunstancias en su vida, debió apelar a la escritura para sobrevivir. Denuncia constantemente la piratería y elogia el ejemplo de Estados Unidos, donde los derechos del escritor son respetados. Sin embargo, en el ensayo se llama la atención sobre una paradoja: mientras más se acentúa la conciencia de profesionalización del escritor, la obra de Alegría va apagándose, de tal modo que no llega a igualar la calidad de sus tres primeras obras, *La serpiente de oro*, *Los perros hambrientos* y *El mundo es ancho y ajeno*. El análisis de *Mucha suerte con harto palo* nos demuestra, entonces, que este texto es uno problemático de insertar en el texto autobiográfico, pero que nos muestra aspectos de un Ciro Alegría atento a la profesionalización y la cuestión del nombre.

Finalmente, en el último ensayo, «El testimonio de Asunta Quispe Huamán», Ofelia Vilca Mendoza analiza el libro *Gregorio Condori Mamani: Autobiografía* (1977) y señala las contradicciones entre lo que se consigna en el testimonio y su veracidad: «la memoria oral almacena solo datos estratégicos para facilitar la rápida recuperación de los mismos; por ello sería difícil concebir su dinámica como un modo de enjuiciamiento. De ahí que se acuse a la escritura de manipular los datos recopilados desde la oralidad cuando ambas (escritura y oralidad) participan de la construcción de un texto (el testimonio)» (p. 287).

Lo que se enfatiza en este ensayo es la subordinación del testimonio de Asunta Quispe Huamán con respecto al de su esposo, Gregorio Condori Mamani. Esto obedece a razones ideológicas: mientras que en el discurso de Gregorio se puede consignar un compromiso político —que parece ser forzado— en el de Asunta es difícil localizar nexos con un colectivo. Cuando estos aparecen, lo hacen por medio del factor religioso. Su relación con el otro está mediada por la religiosidad, y es este aspecto el que determinará su identificación con el colectivo: la visión sacralizada de las estructuras configuradoras de la sociedad andina. Es más, mientras

que Condori Mamani rinde su testimonio para mejorar su situación económica —proyecto que también tienen los gestores del testimonio—, el testimonio de Asunta da cuenta «de las razones de su sufrimiento y de su irremediable resignación en esta vida» (p. 303).

Podemos concluir observando que estos ensayos, aunque no presentan un carácter orgánico, sí dan a conocer, desde el periodo colonial hasta el siglo XX, no solo cómo se configura el individuo, sino además cómo este se relaciona con una transformación del país, cuyos valores y sistemas de creencias se pueden apreciar en las autobiografías y testimonios. Con intención de reflejar esto, como Echenique, o de alejarse y construir una visión lo más objetiva posible, como Basadre, no se puede alejar el imaginario colectivo y de una época de las *memorias*. Es importante, por esto, el estudio de este compendio de ensayos, ya que por ellos pasan las contradicciones de un país que sigue albergando nuevos conflictos, pero, también, una esperanza de reconciliación.